

**La desunión se desborda en movimiento:
la Separación Wilkinson-Story**
por Brian Drayton

En la década de 1670, durante el período de más intensa persecución que los Amigos jamás arrojaron, George Fox dirigió el primer y más creativo momento de desarrollo en la disciplina. Tenía una fuerte convicción de que la lealtad al poder organizador del Evangelio estaba guiando hacia la formación de la estructura por juntas, hacia la institución de juntas de mujeres, y hacia muchos otros aspectos de la práctica cuáquera en adoración y conducta. La importancia del discernimiento corporativo y su uso para equilibrar la guía individual y la disensión personal fuera de la Verdad había crecido durante sucesivos conflictos internos, y además como respuesta a la pérdida de los líderes carismáticos que habían congregado a los Hijos de la Luz, y nutrido el naciente movimiento.

Fox se esforzó sin descanso en persona y en epístolas para explicar estos aspectos organizativos de la cultura cuáquera, y para persuadir a los Amigos de todo el país que los adoptaran. Reuniones de ministros a nivel de junta anual y junta trimestral proclamaron pautas que llegaron a ser reglas de disciplina en ciernes. No obstante, a diferencia de proclamaciones anteriores parecidas, tales como la Epístola de los Ancianos en Balby (1656), estas nuevas pautas ejercieron su vigencia no sólo por la autoridad espiritual de sus redactores, sino también a causa de las estructuras institucionales que estaban desarrollándose y transformando el movimiento cuáquero en la Sociedad de Amigos.

En 1673, dos de los primeros Publicadores de la Verdad, John Wilkinson y John Story, llegaron a ser los más visibles objetores contra algunas de las nuevas estructuras – y quizás, más allá de cualquier detalle específico, contra todo el empuje hacia la institucionalización. Algunos de sus objeciones parecen responder a sus intereses: los disidentes dudaban de la necesidad de que los Amigos siempre tuvieran sus reuniones en público, en un tiempo tan peligroso: quizás a veces sea cuestión de buen orden quedarse escondido. Aunque afirmaban el testimonio cuáquero contra el pago de los diezmos, querían dejar ese acto de desobediencia a la ley como cuestión para la conciencia individual porque las multas y confiscaciones podrían arruinar a toda una familia.

Otras objeciones parecen ser de tipo diferente: La juntas de mujeres pudieran ser útiles en los centros urbanos, donde hay mucha necesidad de ayuda a los pobres y de otras obras pastorales apropiadas para las mujeres, pero en otros lugares tales juntas de acuerdos separadas resultarían superfluas. En algunos lugares la oposición a las juntas de mujeres resultó muy intensa, por ejemplo en la protesta contra

su función en la aprobación del matrimonio (como sabemos de los escritos de algunas mujeres en el ministerio.)

Los disidentes del caso Story/Wilkinson desaprobaban los gemidos y las exclamaciones en las reuniones mientras los Amigos predicaban. No les gustaba el requisito de emitir “documentos de condena” sobre los que se portaban mal, a menos que el Amigo amonestado mismo deseara reconocer su falta de esta manera.

Sin embargo, detrás y al margen de estos detalles se ve muy evidentemente que los Amigos objetores sentían una invasiva institucionalización que estaba restringiendo el movimiento del Espíritu y la libertad de consciencia, conceptos vitales al testimonio cuáquero. Cuando los líderes insistían que estas medidas hacían falta para mantener el amor y la unidad entre los Amigos, los disidentes replicaban que el resultado no era una unidad verdadera, sino una fraudulenta “unidad-Foxiana,” producto de coerción externa. Hay cierta ironía en todo esto, dado que un efecto de la obra organizativa de Fox en este momento fue hacer su liderazgo innecesario en el futuro. Ralph Waldo Emerson podría sugerir que la institución, la Sociedad de los Amigos, es la sombra alargada del hombre Fox, pero hasta un punto sorprendente esto no fue el resultado de los acontecimientos, mayormente a causa de la misma obra de Fox. Sin embargo en aquel momento, se resistió la transición hacia la disciplina, en parte porque estaba tan identificada con el liderazgo de Fox.

Las acusaciones y condenas que se lanzaron los unos a los otros revelan que en este caso, al igual que en el caso de Nayler, el debate abierto era manifestación de una disonancia interna que había estado operando durante mucho tiempo. Los dos bandos condenaban la conducta, las palabras, las actitudes y los motivos del otro. Entre un bando y el otro se movían gente como Isaac Penington, que veía la validez de las preocupaciones de ambos lados, y que tenía la esperanza de que cada bando pudiera ver lo bueno al igual que lo condenable. William Dewsbury escribió que añoraba que Dios:

sometiera a todos los convencidos de Su verdad a echar las coronas de esfuerzo egoísta ante Su trono, para que todo lo que no sea de Su naturaleza pueda ser enterrado en Su venerable amor, y todos sean entrelazados en la unidad de Su espíritu. Para que el Señor sea uno, Su nombre sea uno; que todos los que han sido en cualquier medida serviciales en la mano del Señor sean restaurados, y que no se pierda ninguno que haya gustado Su bondad. (Epístola en manuscrito citado en W.C. Braithwaite, *The Second Period of Quakerism*, 1918, p. 318.)

Los Amigos de los dos bandos (incluyendo a Fox y otros) reconocieron la importancia de las preocupaciones de los disidentes sobre el exceso de reglamentación de la obra del Espíritu en el individuo; pero su reconocimiento de la Vida activa en las objeciones no tuvo fuerza suficiente para superar las heridas personales e ideológicas. El debate continuó al nivel de lo externo, y resultó en la división de algunas juntas en dos. Las juntas disidentes se desvanecieron en unos pocos años. Algunos de sus seguidores regresaron al movimiento principal; otros se fueron a otras comunidades.

Fuente: Drayton, Brian (2007) *Unity, disunity, diversity OR Some mysteries of the Holy Spirit's LIFE at work in its body's members. A letter to New England Friends*. Boston: Beacon Hill Friends House.

**Disunity appearing as a movement:
The Wilkinson-Story Separation**
by Brian Drayton

In the 1670s, during the time of greatest persecutions Friends ever encountered, George Fox led the first and most creative period of development of the discipline. He was powerfully convinced that faithfulness to the ordering power of the Gospel was leading to the setting up of the meeting structure, the institution of women's meetings, and many other features of Quaker practice in worship and behavior. The importance of corporate discernment, and its use to balance individual guidance, and individual dissent from the Truth, had grown with successive internal crises, and also in response to the decimation of the charismatic leaders who had gathered the Children of Light, and nurtured the movement that ensued.

Fox spent himself tirelessly in person and in letters to articulate these ordering aspects of Quaker culture, and to persuade Friends around the country to adopt them. Meetings of ministers at Yearly Meeting and Quarterly meeting levels issued directives which amounted to embryonic rules of discipline. Unlike earlier such statements, such as the Letter of the Elders of Balby (1656), however, these now carried force not only because of the spiritual authority of the authors, but also because of institutional structures which were taking shape and creating the Society of Friends out of the Quaker movement.

In 1673, two of the first Publishers of Truth, John Wilkinson and John Story, became the most visible objectors to some of the new arrangements – and perhaps, beyond any particulars, to the whole thrust of the move towards institutionalization. Some of the objections sound self-serving: the dissidents are not sure it's necessary that Friends should always hold their meetings in public, at a time of danger: Perhaps it is rightly ordered to lay low sometimes. While they hold with the Quaker testimony against the paying of tithes, they want to leave this choice to the individual conscience, since the fines and distrains that result from law-breaking could ruin a family.

Other objections seem different in kind: Women's meetings might be useful in big cities, where there's a lot of poor relief and other pastoral work appropriate to women, but elsewhere such separate meetings for business are superfluous. In some places the opposition to women's meetings was particularly strong, for example their role in the approval of marriages, (as we know from the writings of some of the women ministers).

The Story/Wilkinson dissenters do not approve of people groaning and vocalizing in meetings, while Friends are preaching. They don't like the requirement that Friends issue "papers of condemnation" of those who misbehave, unless the disorderly Friend him(her)self wishes to acknowledge wrongdoing in this way.

Behind and around these particulars, however, one feels clearly that the objecting Friends feel an encroaching corporatism that was cramping the movement of the Spirit, and the freedom of conscience, which are central to the Quaker testimony. When the leaders insisted that these measures were needed to maintain love and unity among Friends, the dissenters retorted that the result was not a real unity, but rather a counterfeit, "Foxonian-unity," the result of external coercion. There is a certain irony in this, since one effect of Fox's organizational work at this time is to make him dispensable. Ralph Waldo Emerson might suggest that the institution, the Society of Friends, is the lengthened shadow of the man, Fox, but to a remarkable extent this is not how things turned out, and Fox's own work is a major reason. Yet at the time, the move to the discipline was resisted in part because it was so strongly identified with Fox's leadership.

The accusations and condemnations that flew back and forth reveal that in this case, as in the Nayler case, the open debates were the manifestation of an inner dissonance that had been at work for some time. Both sides condemned the other's behaviors, words, attitudes, and motives. In between moved people like Isaac Pennington, who saw that reasonable spiritual concerns lay on both sides, and who hoped that each party could see the good with the bad. William Dewsbury wrote that he longed for God to:

subject all convinced of His truth to throw down their crowns of self-striving before His throne, that in his ancient love all may be buried that is not of His nature, and in Him all bound up in the unity of His spirit; that the Lord may be one, His name one; that all may be restored that hath been in any measure serviceable in the hand of the Lord and not that any be lost that have tasted of His goodness. (a MS epistle quoted in W.C. Braithwaite, *The Second Period of Quakerism*, 1918, p. 318.)

Friends on both sides (including Fox and others) acknowledged the importance of the dissidents' concerns about over-regulation of the Spirit's operation in the individual, but the sense of the Life present was not strong enough to overcome personal and ideological wounds. Yet the debates continued at the level of the outward, and resulted in a separation in some meetings. The dissident meetings died away in a few years. Some of their adherents rejoined the main movement, others drifted into other communities.

from: Drayton, Brian (2007) *Unity, disunity, diversity OR Some mysteries of the Holy Spirit's LIFE at work in its body's members. A letter to New England Friends*. Boston: Beacon Hill Friends House.